

Folle  
- 055. 2:82

1

07783



REPUBLICA ARGENTINA

MINISTERIO DE CULTURA Y EDUCACION

# *La mujer argentina en la literatura*

por SILVINA BULLRICH

Trabajo encomendado por el Ministerio de Cultura y Educación para la Conferencia Interamericana Especializada sobre Educación Integral de la Mujer.

(Buenos Aires, 21-25 de agosto de 1972)

MINISTRO DE CULTURA Y EDUCACION

Dr. GUSTAVO MALEK

SUBSECRETARIO DE EDUCACION

Dr. HUMBERTO EDUARDO ROCA

DIRECTORA DEL CENTRO NACIONAL DE DOCUMENTACION E INFORMACION EDUCATIVA

Sra. FLORENCIA GUEVARA de VATTEONE

Foll  
-055.2:82  
1

004483  
FOLL  
055.2:82  
1

SILVINA BULLRICH

Nació en Buenos Aires. A los diez y seis años se recibió de Profesora de Francés con medalla de oro.

efz

Escritora, periodista, ensayista y conferenciante; substancialmente novelista y crítica.

Dictó Literatura Francesa en la Facultad de Humanidades de la Universidad Nacional de La Plata, un curso sobre Romanticismo Francés en el Instituto Francés de Estudios Superiores y conferencias en el país y en el exterior.

Integró jurados para discernir premios literarios. Viajó por diversos países, muchas veces en carácter de invitada especial por los respectivos gobiernos. Asistió a los festivales de cine de Cannes, Mar del Plata y Venecia; a la Feria del Libro de Niza, asimismo invitada.

Su labor periodística abarca desde la crítica de libros en la revista "Atlántida" (1939-1951) hasta artículos sobre viajes, entrevistas, impresiones, o notas como corresponsal de "La Nación" en el festival cinematográfico de Cannes en 1972.

Su labor literaria comprende colaboraciones en importantes diarios y revistas. Tradujo del francés muchos libros, de autores como Simone de Beauvoir, George Sand, François Mauriac, Próspero Mérimée, Julien

//

Época 08912

// Green, Beatrice Beck, Suzanne Prou.

Fue Asesora Literaria de Radiodifusión. Participó - y participa - en audiciones culturales de radio y televisión. Adaptó para el cine Les filles de joie, de Guy de Cars, y sus obras Un momento muy largo y Bodas de cristal.

Hasta el presente, y desde 1935, fecha en que aparece Vibraciones (poemas), ha publicado: Calles de Buenos Aires, Saloma, Su vida y yo, La redoma del primer ángel, La tercera versión, George Sand, Historia de un silencio, Bodas de cristal, Teléfono ocupado, Mientras los demás viven, Un momento muy largo (1er. Premio Municipal 1961), Los burgueses, Los salvadores de la patria, Historias inmortales, La creciente, Carta a un joven cuentista, Mañana digo basta, Carta abierta a los hijos, El mundo que yo vi, El calor humano, La aventura interior, Entre mis veinte y treinta años (antología), El hechicero, Los pasajeros del jardín, Los monstruos sagrados. Por Los pasajeros del jardín obtuvo el 2º Premio Nacional de Literatura 1972.

Fueron traducidos al francés: Bodas de cristal, Los burgueses, Historias inmortales (El puente); al portugués: Un momento muy largo, Mañana digo basta, Los pasajeros del jardín.

## LA MUJER ARGENTINA EN LA LITERATURA.

por Silvina Bullrich

El avance de la mujer en todos los terrenos, antes casi exclusivamente ocupados por los hombres, no es un secreto para nadie; por eso, hasta cierto punto, el lugar que hoy ocupa en la literatura resulta menos sorprendente cuando los diarios, la radio y la televisión nos muestran a representantes del sexo débil ejerciendo tareas tan poco femeninas como las de colectivo, bombero, conductora de ómnibus, compañeras feroces de los guerrilleros y de los estudiantes huelguistas como si ni siquiera el temor natural e instintivo de la mujer por todo lo que atañe a la violencia o al propio dolor físico tuvieran ya cabida en ella y como si la fuerza de la mente doblegara a la naturaleza.

Dadas la rapidez de las comunicaciones y la influencia que cada país ejerce hoy en los otros, resulta fácil comprender que lo que ocurre en nuestro país suele ser un reflejo de los demás; no tenemos todavía una mujer astronauta pero hombres tampoco y en cuanto a los cargos públicos la mujer argentina ha sido, por lo general, relegada de ellos; podemos citar a pocas que hayan ocupado un puesto importante en cualquiera de nuestros gobiernos y representaciones diplomáticas. Citar o dar cifras sería inoportuno en un ensayo destinado a cierta perduración, sólo valen ejemplos para demostrar por qué motivos una mujer con vocación literaria a veces limitada y no siempre con

// mucho talento ha sentido la tentación de atrincherarse en ella por falta de estímulos para otras carreras si descontamos que el público argentino aún hoy, salvo excepciones, prefiere recurrir a un profesional del sexo masculino pese a que nuestras Universidades están abarrotadas de mujeres. Hay un cierto número de pediatras y de odontólogas con clientela y también físicas y químicas pero en las demás disciplinas universitarias sienten aún resistencias insalvables. En resumen, el porcentaje de las mujeres que han logrado, hasta la fecha, destacarse en carreras universitarias, obtener cargos públicos o representaciones diplomáticas es mínimo y no creo que haya aún ninguna piloto comercial. Las listas de las cooperativas médicas, por ejemplo, son elocuentes, a veces encontramos algunas psicólogas.

A principios de siglo, esto que aún hoy llamamos discriminación hubiera parecido el sueño de la más ardiente sufragista y recordemos que hace apenas treinta años el voto femenino parecía todavía en la Argentina una aspiración inalcanzable. ¿Que le quedaba entonces a la mujer deseosa de expresarse de alguna otra manera que no fueran las tareas del hogar llamadas entonces "las propias de su sexo"? El arte y la literatura. Las niñas estudiaban piano, baile, algunas violín o guitarra; la clase media siempre más evolucionada respecto a la necesidad de sus hijas de ganarse el sustento las guiaba hacia la enseñanza y las más dotadas tuvieron la suerte de ser actrices.

Resulta difícil al abordar esta situación de la mujer a principios del siglo XX en la Argentina no asociar la idea con Alfonsina Storni y casi insensiblemente entrar en el tema de la mujer escritora tomando como ejemplo a una de las poetas más importantes de nuestra tierra que fue, a la vez, una mujer extraordinariamente dotada mentalmente. Tampoco resulta fácil no mencionar a las grandes poetisas rioplatenses, por lo tanto casi argentinas, dada nuestra hermandad, Delmira Agustini y sobre todo Juana de Ibar-

//bourou, llamada Juana de América lo que la convierte de patrimonio cultural de todo el continente. Aunque afortunadamente Juana aún está viva y su edad no es de masiado provecta ya han quedado lejos los motivos que la llevaron a exclamar:

Si yo fuera hombre  
que absurdo, que loco  
tenaz vagabundo  
que había de ser  
amigo de todos  
los largos caminos  
que obligan a ir lejos para no volver  
.....

Cuando así me acosan  
ansias andariegas  
qué pena tan honda  
me da ser mujer.

Hoy, geográficamente, todos los caminos del mundo no están abiertos lo único que los hace más intransitables que para los hombres es que la mayoría de las mujeres ganan aún sueldos muy inferiores y viajar es en gran parte una decisión del bolsillo.

No obstante, al quedar liberada la mujer del temible "¿qué dirán?" de las tutelas familiares, sociales, ambientales, su capacidad creadora también pudo desarrollarse y la posibilidad de ser invitada por diversos países sule suplir el desahogo pecuniario.

Aquí debemos hacerle justicia a otro país hermano, Chile que siempre supo dar a sus creadores un lugar de privilegio y gracias a esta actitud comprensiva logró que Gabriela Mistral obtuviera el Premio Nobel además de gozar durante muchos años, hasta su muerte, de la protección de su patria que la nombró por sus merecimientos Cónsul honoraria cualquiera fuese el país donde estuviera. Ga

//briela, al llegar a cualquier punto del planeta izaba la bandera chilena y era la digna representante de su tierra.

Pero volvamos a la década del 20 y a la aparición en nuestras letras de una mujer inolvidable: Alfonsina Sotrni. No forma parte de un grupo ni de una escuela, no significa la introducción masiva de la mujer en la literatura, es mucho más y mucho menos que eso, es una creadora y un símbolo. Mujer, pero mujer sola, sin fortuna, desposeída de bienes materiales, con encanto pero escasa belleza, con talento pero teniendo que luchar, para que se lo reconocieran, Alfonsina es la imagen desolada de la mujer frente al hombre, no por desafío ni por feminismo sino por esa conciencia que despertó de pronto en las mujeres del mundo entero y llegó hasta nosotros. Las bombas caían sobre ellas como sobre los hombres, la primera gran Guerra aportaba una despiadada igualdad. Florence Nightingale crecía como una necesidad ineludible y el soldado herido en todos los idiomas murmuraba "Mamá". Fue al finalizar esa contienda que Alfonsina publicó su primer libro de poemas: "El dulce daño", que encierra uno de los poemas más elocuentes y más acusadores: "Tú me quieres blanca". Porque el hombre todavía en ese momento era inflexible ante cualquier falta de la mujer; se creía en la aureola del donjuanismo, aureola que debemos reconocer fue perdiendo lustre en nuestra generación y desapareció del todo gracias a la igualdad entre los sexos admitida por los jóvenes.

En medio de la frondosa creación de Alfonsina Sotrni podemos citar varios poemas en los cuales mira al hombre de frente con dolor, con recelo, con amor, con admiración pero no llegó a alcanzar esta relativa igualdad de los sexos. En 1925 aparece Ocre el volumen que la hizo famosa y que encierra este poema, filosofía de una derrota, titulado "Saludo al Hombre".

//briela, al llegar a cualquier punto del planeta izaba la bandera chilena y era la digna representante de su tierra.

Pero volvamos a la década del 20 y a la aparición en nuestras letras de una mujer inolvidable: Alfonsina Sotrni. No forma parte de un grupo ni de una escuela, no significa la introducción masiva de la mujer en la literatura, es mucho más y mucho menos que eso, es una creadora y un símbolo. Mujer, pero mujer sola, sin fortuna, desposeída de bienes materiales, con encanto pero escasa belleza, con talento pero teniendo que luchar, para que se lo reconocieran, Alfonsina es la imagen desolada de la mujer frente al hombre, no por desafío ni por feminismo sino por esa conciencia que despertó de pronto en las mujeres del mundo entero y llegó hasta nosotros. Las bombas caían sobre ellas como sobre los hombres, la primera gran Guerra aportaba una despiadada igualdad. Florence Nightingale crecía como una necesidad ineludible y el soldado herido en todos los idiomas murmuraba "Mamá". Fue al finalizar esa contienda que Alfonsina publicó su primer libro de poemas: "El dulce daño", que encierra uno de los poemas más elocuentes y más acusadores: "Tú me quieres blanca" Porque el hombre todavía en ese momento era inflexible ante cualquier falta de la mujer; se creía en la aureola del donjuanismo, aureola que debemos reconocer fue perdiendo lustre en nuestra generación y desapareció del todo gracias a la igualdad entre los sexos admitida por los jóvenes.

En medio de la frondosa creación de Alfonsina Sotrni podemos citar varios poemas en los cuales mira al hombre de frente con dolor, con recelo, con amor, con admiración pero no llegó a alcanzar esta relativa igualdad de los sexos. En 1925 aparece Ocre el volúmen que la hizo famosa y que encierra este poema, filosofía de una derrota, titulado "Saludo al Hombre".

//

Con mayúscula escribo tu nombre y te saludo  
Hombre, mientras depongo mi femenino escudo  
En sencilla y valiente confesión de derrota.  
Omnívoro: naciste para llevar la cota  
Y yo el sexo, pesado, como carro de acero,  
Y humilde (se delata en función de granero)  
Brindo por tu adiestrada libertad, la soltura  
Con que te sientes hijo claro de la natura,  
Y lector aplicado de aquel su abecedario  
Que enseña el solo verbo que es interplanetario.

.....

No es preciso citarla por entero pues la idea está claramente expresada desde los primeros versos.

Ya en ese entonces habían aparecido otras mujeres poetisas, aunque la palabra, no sabemos porqué, suena a peyorativa. Margarita Abella Caprile escribía con un talento inigualable (que no supo reconocérsele en vida pues ni siquiera obtuvo el Primer Premio Nacional de Poesía) versos inspirados, pulidos y refinados, en los que asomaba su cultura universal y su profundo conocimiento del castellano. La mayoría de las otras mujeres, ¡oh soberbio disparate!, escribían en francés. Pues sí, el expresarse en otro idioma aprendido bajo la disciplina de una institutriz parecía conferirles el derecho a expresarse pero el español era al parecer demasiado crudo.

En la Argentina de 1930 escribir era un lujo que podían permitirse unos pocos. No existía entonces una seria industria editorial y la clase media aún no había vuelto los ojos hacia sus escritores quizá porque estos no los habían vuelto hacia ella. Europa atraía como un imán y la mayor parte de nuestras novelas ocurrían del otro lado del Atlántico o, por el contrario, se internaban tierra adentro; uno tras otro nuestros novelistas nos describían el campo y sus tareas bravas donde la mujer ocupa siempre un lugar secundario. De ahí que nos falte ese valioso testi-

//

//monio de la mujer argentina real, vista por ella misma, y no por el espejo deformante en pro o en contra del hombre.

El hombre tiende a idealizar a la mujer o a envilecerla. Es natural dado que la pasión suele influir en su juicio. A menudo la ve suave y desleída como madre, hermana, hija, esposa en momentos en que esta palabra no significa una igual sino "tenerla en un altar" o por el contrario llega al punto de darla por muerta. Una parte importante de nuestra literatura oral y popular, el tango, nos da la imagen de los aspectos que el hombre presta a la mujer. En primer lugar, no la ve nunca como ser humano independiente sino siempre a través de sí mismo, es la "madrecita buena" o la mala mujer; en el primer caso totalmente sacrificada y desinteresada; en el segundo interesada y ruin. La mujer argentina fue paseada a través de una galería de espejos deformantes en alas de nuestra canción popular. Obsérvese bien: es el único país del mundo, triste privilegio, que ofendió a la mujer en su cancionero popular pues el tango no es como se suele decir el lamento del hombre engañado sino el del hombre estafado; el dinero, que teóricamente no contaba en ese entonces, es el leit motiv del tango de la "guardia vieja" y se le reprocha a la mujer el deseo de obtenerlo con malas artes o de pretender ser mantenida por un hombre: de ahí que sorprende que cuando la mujer se vio obligada a luchar para su subsistencia se le hayan puesto tantas cortapisas.

Entre los tangos que así maltratan a la mujer podemos citar los más famosos, como Chorra, Cachadora, Era un Mono loco, Mano a mano y creo inútil completar la lista aunque no es ocioso abocarse al estudio de que el tango es en definitiva la única canción popular del mundo donde el dinero ocupa el papel central casi siempre a través de la mujer o de lo contrario de los caballos (Leguizamo) del abandono de los amigos (Yira-yira) del odio de clases (Niño bien) de la vanidad femenina (Aquel tapado de armiño).

//

// Entre esa mujer abnegada pintada por Mármol y la interesada pintada por el tango desfilaron sombras más o menos tiernas que posaban su mano sobre una frente sudorosa e iban y venían con un mate o una taza de caldo en la mano.

Entonces, estalló la segunda Guerra Mundial. La mujer no sólo veía peligrar su vida bajo las mismas bombas que los hombres sino que salió de su casa, revistió el uniforme de soldado, fue Auxiliar de la Fuerza Aérea, condujo ambulancias, llevó y trajo mensajes, se internó en el "Maquis". La Gestapo no hizo discriminaciones de sexo en los campos de concentración ni en los hornos crematorios. La mujer al borde de la muerte quiso dejar la verdadera imagen de sí misma y en un vasto ademán semejante al que hacemos con ambos brazos para despojar una mesa de papeles inútiles se abrió paso entre las tinieblas acumuladas sobre ella por siglos de hombres escritores y de mujeres silenciosas o, a lo sumo enamoradas.

El mundo no fue invadido por los marcianos como lo imaginó Orson Welles sino por mujeres novelistas, mujeres decididas a dejar la verdadera huella de su paso en un mundo quizá en vísperas de desaparecer.

¿Qué es una mujer? He aquí el punto crucial. ¿Es acaso alguien que desea fervientemente la independencia completa? Personalmente no lo creo; es más, hasta tengo la impresión de que las nuevas generaciones buscan (lamentablemente sin éxito a causa de las dificultades pecuniarias del hombre) dar marcha atrás y volver a ocupar el puesto secundario pero sereno y protegido de nuestras madres.

Pero hace treinta años cuando la mujer tuvo que empuñar las armas en la guerra y en la paz sus dos finalidades primordiales, aunque acaso ignoradas por ella misma, fueron la de enjuiciar al hombre y la de pintarse tal cual era. Ni santa, ni mártir, ni heroína, ni vil, ni interesada,

// simplemente un ser humano con todas las virtudes y todos los defectos que esto implica.

Desde Europa suelen llegarnos las influencias literarias, cosa normal dada la secularidad de su cultura; en el siglo XIX nuestros poetas imitaban a los románticos y lograban que en sus estrofas se desmayaran nuestras valientes abuelas que en la realidad no pestafiaban ante la mazorca y donaban sus joyas para pagar la Independencia de América. Antes de promediar este siglo la condesa de Noailles insuflaba su soplo apasionado a Alfonsina Storni y a la mayoría de las poetas de América. Después de la guerra del 39 todas nosotras, las escritoras argentinas, sentimos pesar en forma de responsabilidad ineludible la influencia racional y sensual de Simone de Beauvoir. Me limito a la influencia de Francia por ser la que más ha gravitado en nuestra cultura, sobre todo en la literaria, y sería imposible estudiar en este breve trabajo las otras fuentes en las que aisladamente se nutrieron algunos escritores pues hasta los más hispanófilos sufrían la influencia que Francia ejercía sobre España. Podría citarse, por ser esencial, a Virginia Wolff, cuyo estilo deriva de Proust pero cuyas ideas se enlazan a la de las feministas inglesas, acaso porque la buena educación de ese país suele rayar con la hipocresía y la rebelión de las mujeres de buena sociedad debía ahogarse tras una taza de té. Bregó por el cuarto propio, necesidad imperiosa de todo creador; en aquel entonces, recuerdo que entre nosotros aún en las casas donde la mujer escribía y el hombre no desempeñaba en el hogar trabajo alguno al mostrar el escritorio se agregaba el "escritorio de Fulano" como si en el peor de los casos no pudiera ser de ambos. Este ejemplo lo he vivido: mi marido tenía su despacho en un edificio para oficinas, el escritorio en casa por lo tanto era mío, pero a las visitas les costaba admitirlo.

Simone de Beauvoir era profesora de letras; había luchado en la Resistencia y no admitió que la menor censura ni autocensura coartara su inspiración novelesca,

// a menudo autobiográfica, cosa natural pues ya lo dijo Flaubert "Madame Bovary soy yo" y nadie puede describir con realismo ambientes totalmente diferentes de los que ha conocido ni sensaciones totalmente ajenas a su experiencia. Se teje, se borda, se divide a un personaje en tres, se saca un rasgo de uno para injertarlo en otro pero se trabaja con material vivo, humano, a menudo aún sangrante como vísceras recién arrancadas.

Este trabajo de disección al que nos obliga la novela es sin duda muy apropiado para la mentalidad femenina tan propicia a estudiar sus sentimientos, sus reacciones, las de sus amigas, las del hombre a quien quiere. La excesiva sensibilidad de la mujer la convierte teóricamente en la novelista ideal así como en el terreno de la medicina suele inclinarse al psicoanálisis, a la psicología, a la pediatría donde hay que adivinar casi todo pues el niño pequeño no puede hablar y aún algo mayor no sabe explicar sus síntomas.

De ahí que finalizada la guerra, haya explotado en el mundo un gran racimo de mujeres novelistas y nosotros formamos parte de ese mundo. La rueda del tiempo había girado vertiginosamente y los mismos padres que en nuestra infancia habían preconizado que la mujer debía quedarse en el hogar comenzaban a decir con fastidio ante las dificultades pecuniarias de sus hijas solteras, viudas o divorciadas: "Que trabaje, ahora todas las mujeres trabajan"; pero olvidaban que habían descuidado darles una preparación adecuada para defenderse en la vida. Ellos, a su vez, no podían ofrecer como los abuelos casas patrarcales, protectoras, y ningún hombre en ninguna familia se sentía responsable por el bienestar de una de las mujeres del clan. Fue la época de transición más dura de vivir y las que hemos salido a flote de ella sabemos que aún no estamos a salvo. Nosotras fuimos las artífices del famoso "boom" de la novela argentina pero cuando llega la hora de recoger los frutos la mano del hombre se estira antes que

// la nuestra, es más larga y más codiciosa, además, está ayudado por los brazos de sus congeneres. La mayoría de los jurados son hombres, como lo son la mayoría de los poderosos en todos los terrenos, entre ellos se reparten las canonjías. Pero de la blandura y la facilidad no suelen salir las cosas constructivas y a la mujer no podían detenerla ni lo pueden ni lo podrán porque su lucha es la del oprimido, la del postergado, la de los que saben que no pueden retroceder, deben avanzar cualesquiera sean los riesgos que las acechan pues su problema es vital: o ganar o morir.

No sólo esta voluntad férrea de triunfo y esta necesidad de ganarse el pan hizo que la mujer arremetiera con furia ganando en el favor del público lo que en otros terrenos los hombres no le conceden buenamente sino que una vez admitida por ella misma su vocación habiendo tomado conciencia de su capacidad se propuso algo trascendente: su obra no sería vana, iba a servir para demistificar a la mujer de todos los tiempos, despojarla de oropeles y joyas de pañotilla, romper los frascos de sales para hacerla volver en sí al menor inconveniente de la vida, mostrarla tal cual es, tal cual fue siempre ella, destinada a desgarrarse para dar la vida, por lo tanto fuerte, sufrida, silenciosa. Los hombres que se oponen al avance de la mujer o creen vencerla con burlas viles, como suele hacerlo en la actualidad cierto tipo de prensa amarilla, no se han detenido a reflexionar hasta qué grado llega el aguante de quien admite verse deformada en la flor de la juventud, pasear por las calles un vientre abultado en vez de la grácil silueta de pocos meses antes, aceptar la repetición de los indescriptibles dolores del alumbramiento. Cuantas palabras soeces ha oído una joven futura madre de boca de algún patán ¡cuánto heroísmo al admitir que la mirada del hombre amado se pose sobre otra olvidando que es responsable de esa transitoria deformación!. No, detener a una mujer que se propone algo no es tarea fácil, pero lo

// lamentable es que 'el hombre sólo se haya propues-  
to detenerla cuando ella con una novelística total-  
mente nueva, con un enfoque inédito de la mujer ante  
el amor y ante el mundo le abrió las puertas del éxi-  
to.

Ya lo hemos dicho: antes de que las mujeres  
escribieran había entre nosotros buenos escritores pe-  
ro la mayoría pertenecían a familias acaudaladas y los  
demás debían ejercer otros empleos para sobrevivir y  
mantener a sus familias. El público no se interesaba  
por sus obras; los tirajes eran de dos mil ejemplares,  
las reediciones demoraban años y a veces el libro no  
era nunca reeditado. Los novelistas morían de hambre  
como los poetas. Le daban al lector una visión tan irreal  
de las cosas, o tan particular, privada, singular, que  
éste se retraía y no sentía la tentación de leer otro  
libro argentino. "Ese no soy yo" pensaba y al no iden-  
tificarse con el personaje se desolidarizaba con el au-  
tor. Las mujeres, que son las mayores consumidoras de  
novelas, se encogían de hombros ante esas hermanas es-  
tilizadas, sobreprotegidas y carentes de personalidad.  
Soñaban, sin saberlo, con verse al fin en carne y hue-  
so, ver expresados sentimientos que las ahogaban y no  
sabían cómo expresar pues dejaban esa tarea a quien de-  
be serle realmente encomendada: al escritor.

La literatura femenina apareció en la Argen-  
tina como un inmenso espejo en el cual la mujer se vio,  
por fin, tal cual era, conoció su propia dimensión en  
el mundo, sus capacidades y sus limitaciones; compren-  
dió que antes de ser descubierta por las mujeres nove-  
listas los hombres la habían deformado por diversos mo-  
tivos, en parte porque no podían conocerla bien, en par-  
te por ese prurito de virilidad que impide al varón acep-  
tar que la mujer es tan capaz como él, libre interiormen-  
te, violenta, abnegada, vital, ambiciosa, henchida de  
contradicciones, de ganas de desganos, de instintos de  
conservación y de impulsos de autoeliminar, en resumen,

// un ser humano y no un objeto de lujo en un salón; que el hogar y los hijos le son tan necesarios como a él pero no pueden bastarle no sólo porque ha descubierto su necesidad humana de ser alguien fuera de las cuatro paredes de la casa sino porque los fenómenos político-económicos-sociales la han lanzado a la calle y ahí, como en la jungla, sólo queda aprender a defenderse o morir.

Para mostrar esa mujer real, nosotras, las escritoras, hemos creado personajes femeninos hechos a nuestra imagen y semejanza, no necesariamente autobiográficos, a menudo totalmente opuestos a nuestra personalidad pero semejantes a mujeres que frecuentamos, cuyos problemas llegan hasta nuestra puerta pues la casa de una escritora es un poco un consultorio sentimental. Como hemos demostrado interesarnos por el alma humana y conocerla a fondo, como buceamos en ella con pasión y perseverancia, es natural que una mujer que tiene un conflicto conyugal o un adolescente que se debate en las vacilaciones y torturas propias de su edad acuda a nosotras en busca de consejo, apoyo, consuelo e, incluso, nos ofrezcan su colaboración generosa y desinteresada. Desgraciadamente un escritor es un ser destinado a la soledad y es aquí donde se produce el desgarramiento sin solución que sume nuestras vidas en dolorosas contradicciones. Debemos rodear nuestros días de un ancho margen de horas solitarias para que nuestra obra fructifique y, como es natural, los momentos libres de que disponemos son para las personas queridas, los amigos íntimos, alguna distracción, el cine, el sol, pero ¿cómo recibir a esos admiradores fervorosos por quienes daríamos nuestra sangre y a los que les negamos unos minutos de tiempo?.

Escribiendo es como el escritor mejor retribuye a sus lectores el favor que le hacen al leerlo y si algo quisiera hacer por las mujeres de mi tierra es

//

// guiarlas hacia el trabajo pues es una fuente de placeres, en cambio, pasan pronto, quisiera que creyeran en la belleza del deber elegido, del sacrificio asumido alegremente como otra faz de la felicidad, la más honda y la más desgarradora pero cuando a ese deber y a ese trabajo va unida la creación creo poder afirmar que nada en el mundo nos acerca tanto a Dios.

Aún hoy, aunque parezca imposible, hay quienes afirman que las mujeres que bregan por su derecho al trabajo son poco femeninas. No quieren ver que la rueda del tiempo no vuelve hacia atrás y así como nadie puede hacer entrar de nuevo el dentífrico en su tubo nadie tiene tampoco el poder de devolverle a la mujer actual las dichas monótonas de nuestras abuelas. Por otra parte, es necesario recordar que a lo largo de la historia estos períodos de paz y de bonanza fueron siempre cortos y lo serán cada vez más si es que vuelven a repetirse; el porvenir se anuncia difícil y la lucha por la vida será casi una batalla cuerpo a cuerpo. Hay para las mujeres por supuesto infinidad de tareas más estables y rendidoras que la literatura, pues la creación sólo llega a convertirse en acto después de haber germinado largamente en nuestro interior; pero si bien nada puede detener a la mujer que quiere escribir, ofenderla, cometer injusticias respecto a su obra, cerrarle puertas y caminos es doblemente grave por ella y por las demás pues sus personajes reflejarán necesariamente esa postergación contra la que nadie puede dejar de rebelarse y las lectoras a su vez pensarán con escepticismo que la lucha es demasiado difícil para comprometerse en ella. Muchas, ingenuamente, repetirán lo que me dicen a diario, que prefieren buscarse un hombre que las ampare olvidando las dificultades que padece el hombre de hoy o que padecerá por incapacidad, caprichos de la suerte o mil eventualidades del destino. Entonces la mujer se siente indefensa y al mismo tiempo traicionada. Todos los días llegan a mi puerta cartas de muje-

//

//res que piden auxilio para su vacío sentimental e intelectual, para su situación económica, para su soledad abierta como una herida desde que el marido murió y los hijos crecieron. Muchas quieren escribir. Por lo general ya es tarde; la labor creadora es lenta y ya se ha dicho "es una larga paciencia" para ejercerla hay que disponer de una vida por delante no de los últimos años de una mente sin disciplina, sin rigor, de una incapacidad de ceñirse a horarios de trabajo.

Creo que cada día más la literatura y el arte son patrimonios femeninos; las nuevas ciencias espaciales y otras han desviado de estas disciplinas estéticas a muchos hombres que en otras épocas se hubieran entregado a ellas. ¿Leonardo da Vinci no habría sido astronauta, por ejemplo?

Creo también que la mujer debe conocer los riesgos, las miserias y las grandezas de la vida de una escritora. No puede creer como muchos profanos que es una cuestión de inspiración ni de facilidad: no hay una sola línea fácil de escribir. Es una cuestión de vocación, naturalmente, pero ésta debe ser conducida con paciencia, perseverancia, un horario de trabajo que sólo los viajes o la enfermedad pueden interrumpir. En la juventud ocho horas al menos ante nuestra máquina de escribir, luego siete o seis, nunca menos. Si no se escribe se aprovecha para corregir pruebas, para hacer las labores marginales a la creación es decir periodismo, traducciones, cartas que contestar. Dos o tres horas de lectura diarias es el mínimo para un escritor pues quien no está al tanto de lo que se está escribiendo en el mundo quedará marginado de la vida literaria y quien ignore la literatura del pasado tendrá lagunas que se advertirán en su obra y nunca podrá suplir.

Lo lamentable, y hay que decirlo aquí francamente, es que una gran mayoría de mujeres que han venido

//en busca de consejo me han demostrado al cabo de una larga conversación que tenían más ganas de adquirir derechos que deberes. Suponían que la literatura podía ser una puerta ancha no para la libertad sino para el libertinaje; lo mismo suelen creer de las actrices aquellos que no las han visto repetir una misma frase ante la cámara de cine desde las seis de la mañana hasta terminar llorando, o una escena en el escenario. Esta deformación de nuestra imagen profesional también se la debemos a los hombres, a los que temerosos de verse superados por una mujer, inseguros de sus propios valores ridiculizaron a la mujer intelectual desde hace tres siglos como Moliere en "Las Preciosas Ridículas" y en "Las Mujeres Sabias".

A todo esto se debe, quizá, que la mujer haya entrado tímidamente en la literatura, primero con la poesía que puede hacerse de memoria sin que ni la familia se entere y luego se escribe a hurtadillas; luego se atrevió a afrontar la novela pero en cambio el teatro que necesita más ayuda exterior, actores, directores, un local importante sólo fue atacado entre nosotras durante años por Malena Sandor, mujer valiosa y valiente si las hubo que tuvo la satisfacción antes de morir de ver su última obra representada en el Teatro General San Martín. También en esa sala se dió la obra de Griselda Gambaro que comenzó como novelista y ahora se vuelca a ser autora dramática. Pero lo que prueba que aún la mujer no se ha dedicado a escribir para el teatro es que citamos sólo dos nombres al que podríamos agregar a María Elena Walsh aunque sus canciones no tienen el aliento de una obra completa. Si quisiera en cambio nombrar a una por una de nuestra novelistas este artículo se convertiría en una antología tediosa y además correría el riesgo de eliminar a más de una. Recordemos eso sí que la primera mujer novelista argentina conocida tuvo que usar el mismo artilugio de George Sand, es decir ponerse un seudónimo masculi-

// no: César Doyen en cambio el libro, como los primeros de su ilustre antecesora francesa llevaba como título, sutil venganza, el nombre de una mujer.

Como se desprende de casi todo lo dicho la literatura masculina falseó, sin quererlo o a sabiendas, a la mujer para presentar una mera caricatura o un cuadro idealizado de ella y lo que es peor pero lógico sólo presentaba aspectos aislados de la totalidad, algo así como un puzzle del que se hubieran perdido las principales piezas. La mujer escritora, en cambio, se ensañó en ahondar en cada uno de sus personajes femeninos, en buscar las causas ambientales y familiares que conformaron su carácter, en situarla dentro de la sociedad y en relación a los hombres que la rodeaban.

Si recorremos toda la literatura femenina de este último cuarto de siglo podremos no obstante observar un fenómeno curioso: no es feminista, ni la autora ni los personajes claman por una mayor libertad sólo se divierten con buscada picardía en demistificar también al hombre que creía ser un semi dios ante sus ojos. Lo pintamos todas con cierta crueldad maliciosa, no les perdonamos sus pequeñeces, sus defectos, su vanidad y su infinita flaqueza. Sólo queremos vengarnos de la imagen falsa que de él nos dieron pero no del hombre en sí mismo; las escritoras adultas frente al amo y señor se portan como chicos traviesos: le tiran piedritas a su estatua. Después de lo cual, francamente, sin ambages, se mueren de amor por él. Ninguna mujer pintaría a otra tan viril como Doña Bárbara porque la mujer argentina cualquiera sea su profesión es mujer ante todo y el hombre sigue siendo el eje de su vida, su centro de atracción.

Mientras Beatriz Guido, Ada Donato y María Angélica Bosco pintan niñas sofocadas en casonas donde

// reinan prejuicios provincianos, Marta Lynch la ve como a un ratón que quisiera salir de una trampa y no encuentra la salida, Syria Poletti pinta siempre a la misma chica inmigrante, María Granata influenciada por García Marquez nos dio mujeres telúricas que hasta se convierten en raíces, Luisa Mercedes Levinson, Gloria Alcorta, Adela Grondona nos dan mujeres perdidas en sus sueños, Sara Gallardo una de las pocas escritoras jóvenes y valiosas actuales pinta a la mujer enamorada, Josefina Cruz revive a la mujer de la conquista de América, tenaz y sacrificada y otras, muchas otras escritoras que es difícil nombrar por olvido, por tiempo o por espacio nos ofrecen aspectos hasta ahora ignorados de la mujer argentina.

Dado el hecho, acaso no del todo fortuito, de que esta labor me haya sido encomendada y otro hecho tampoco casual, lo supongo que me ha hecho gozar de los favores del público, creo constructivo dar una idea a vuelo de pájaro de mi manera de ver a la mujer y de describirla. Ante todo mis personajes hombres o mujeres son porteños y sus edades han ido transcurriendo al mismo tiempo que la mía. De este modo casi sin proponérmelo he escrito una modesta Comedia Humana de Buenos Aires, desde 1939 cuando aún la clase acomodada sólo sabía mirar hacia Europa, sentía los ecos sordos pero que conmovían nuestros cimientos llegados de los campos de batalla, hasta hace apenas seis meses en que publiqué mi última novela "Los monstruos sagrados", y en que la actitud de los argentinos ha cambiado radicalmente al punto de parecer creer que el mundo se limita a nuestro país.

El lector suele creer que toda novela es autobiográfica de ahí que resulte útil delimitar los terrenos imaginativos de los personales. Difícilmente una novela es autobiográfica en cambio casi con seguridad uno o varios de sus personajes tienen rasgos anímicos seme-

// jantes a los del autor salvo en casos de novelas fantásticas o policiales. Pero no es este mi caso.

Sólo en una oportunidad en mi penúltima novela "Los pasajeros del jardín" he narrado un episodio vivido por mí aunque cambié por completo las circunstancias, los lugares, las tareas, la conformación familiar e incluso algo las edades. Lo único real y autobiográfico es que yo fui esa mujer que vio morir al hombre a quien quería haciendo milagros para disimularle su mal, para convertir esa larga y dolorosa agonia en una especie de convalecencia.

Como ejemplo de desdoblamiento puedo citar "Bodas de Cristal". Ninguna novela menos autobiográfica que esa, ninguna vida tan diferente de la mía como la del personaje central de la novela que habla en primera persona, ningún carácter tan opuesto. Sin embargo en el libro hay cuatro mujeres y en cada una de ellas puse una parte de mí misma, un rasgo característico, una situación vivida. Esas cuatro mujeres son rivales y aman a un mismo hombre, ese hombre no tenía ni el menor parecido con mi ex marido digo ex pues la escribí después de divorciarme. Un pensamiento respecto a un hombre donjuanesco e inasible me dio la idea clave que fue el acierto de esta novela: el hombre más difícil de retener, el más infiel e inconstante es sin embargo el que más difícilmente abandona su hogar, es demasiado egoísta para aumentar sus responsabilidades, demasiado cómodo para cambiar de casa, de empleados domésticos, de familia política, demasiado indiferente pese a su apariencia apasionada para jugarse seriamente por una mujer. Ahí demistifiqué al hombre pero también a la mujer pues no hay en ella ninguna santa ni ninguna ramera, son mujeres para las cuales el amor es lo único verdaderamente importante de la vida y ninguna al pensar en la otra usa palabras procaces ni términos peyorativos. Cada una de las mujeres que han querido a

//

//Luis sabe que en el lugar de la otra hubiera obrado exactamente igual. Si esta novela escrita hace más de veinte años sigue siendo leída y tuvo éxito en países como Francia donde teóricamente la mujer es más liberada es porque encierra esa última realidad de la mujer universal: la supremacía del amor sobre todas las cosas.

Visto a través de las escritoras el hombre se transforma en un concepto y lo vemos debatirse como a un león en su jaula, es decir que el rey de la creación es observado minuciosamente en sus evoluciones a través de los barrotes de una novela.

Creo estar en lo cierto al afirmar que el mundo resulta más comprensible pintado por los dos sexos opuestos que cuando lo era únicamente por el hombre y este último no ha salido mal parado pues la mujer ha tenido la lealtad de poner sus cartas sobre la mesa y desmontar ante los ojos curiosos de su compañero el mecanismo más bien simple de argucias, coquetearías y demás artes que ha empleado y emplea en el eterno juego del amor. "La gloria, el poder y el dinero" decía Marañón son las armas del hombre para triunfar en amor de ahí que el estar enamorado no signifique para él dejar caer responsabilidades y ambiciones, renunciar a cargos u honores. La mujer sabe en cambio que el hombre en general prefiere encontrar en ella lo contrario; el anonimato, la humildad y hasta la pobreza pues teme a la superioridad femenina en cualquier terreno y prefiere afirmar la suya aunque esto lo obligue a luchar doblemente por la vida pero al menos su lucha es lógica y homogénea. La mujer sufre la terrible contradicción de saber que se ha visto lanzada a esa misma lucha llevada por la evolución de las costumbres pero que camina continuamente entre dos precipicios: ¿si fracasa como hará para vivir? ¿Si triunfa como hará para entregarse por entera al amor como suele pedírselo su naturaleza y para ser amada como quiere serlo, sintien-

// do amparo y protección?. Son excepcionales los hombres que comprenden que deben amparar a una triunfadora lo mismo que a una humilde mujer y aquellos que dicen que este es un defecto argentino levantan una calumnia: es universal, más marcado en los países latinos, pero en algunos tan evolucionados como Francia sus escritoras y sus actrices lloran la misma dificultad de ser al mismo tiempo una mujer amada y enamorada y un personaje público.

Sólo nos queda esperar que la sinceridad de la literatura femenina sirva para limar en las futuras generaciones estas asperezas nacidas por cambios demasiado bruscos en las costumbres y haga de la pareja una unidad perfecta sin celos ni rivalidades de trabajo pues ambos lo quieren o no serán llamados para constituir un mundo mejor tal vez, pero ya nunca más el mundo fácil para unos cuantos, difícil y hasta insostenible para la gran masa; el mundo en que la mujer ya no gozará de una vida ociosa como un niño eterno o como un enfermo crónico. Sólo pedimos que dados por finalizados estos privilegios se le conceda el de la igualdad en la lucha y en el trabajo, en las recompensas y en los salarios, en los cargos públicos o privados, en resumen que no les sean negadas ni retaceadas las posibilidades de ganarse dignamente la vida. Hoy se exige de ella talento, exigencia absurda dado que es un don limitado; sólo debe exigírsele responsabilidad, preparación y esfuerzo como al hombre.

Entonces quizá la mujer no asistirá sorprendida al hecho imprevisto de que su libro es un "best-seller" porque sus hermanas claman: "Esta soy yo" ante el personaje vencido por la vida, traicionado por el paso de los años, por la indiferencia de los hijos, por el hombre querido, El "best-seller" será un acto deliberado como lo hacen los escritores americanos; pero para lograrlo no necesitan hurgar en sus entrañas sino simplemente encontrar un argumento con bastante suspenso como

//

// para atrapar al lector En ese momento la literatura femenina de hoy quedará como el testimonio de la época más difícil que le haya tocado vivir a la mujer.